

dicho, y eso ha hecho; y, como no quiero ya más misterios entre nosotros, añado que me espera en mi casa para conocer el resultado de nuestra entrevista... ¿Debo volver á su lado?

—Id — le dijo Juana presentándole la mano.

Zoé Lacassade se había ido acercando silenciosamente y con temor.

—¿Y vos — dijo á Roberto con voz conmovida — continuaréis resentido conmigo?... Me da mucha pena estar reñida con vos.

Roberto se volvió, la cogió por la cintura, la levantó sin esfuerzo hasta la altura de su cara y depositó por toda respuesta dos sonoros besos en las mejillas de la vieja niña. Después la volvió á dejar tranquilamente en tierra.

Reconciliados ya, salieron á buscar un hotel en donde Juana y Zoé pudiesen pasar la noche, dejando para el día siguiente la nueva instalación.

Roberto, recordando las últimas palabras de Matilde y sus recomendaciones, pensó en que debían marcharse inmediatamente. Si sólo se tratase de él, permanecería en Francia, para tener á raya á los enemigos de que se veía rodeado; pero debía ante todo velar por Juana y ponerla al abrigo de nuevos ataques.

Aunque decidido á marchar, estaba resuelto á saber la última palabra del drama en que se encontraba mezclado. Quería exigir á Matilde que le confiase el secreto que dudaba en revelarle, y, poseedor de él, denunciarlo á la Justicia, para que ésta continuase la obra comenzada.

Así reflexionaba y tomó sus resoluciones,

dirigiéndose á su casa después de dejar á Juana Guérin y á su amiga en seguridad.

Poco tardó en llegar al hotel de Helder y subir al piso principal.

Se disponía á llamar para que Matilde le abriera, cuando observó que estaba entreabierta la puerta.

La empujó y penetró en el salón.

Buscó con la vista á Matilde y no la vió.

—Se habrá sin duda marchado, cansada de esperarme — se dijo.

De pronto dió un grito. Había visto á la que buscaba tendida en el suelo, inanimada. Se lanzó á ella, se arrodilló y cogió entre sus brazos el cuerpo de la joven. Estaba rígida como un cadáver.

Instintivamente, turbado, Roberto abrió los brazos y el cuerpo se desplomó como una masa inerte, produciendo un ruido sordo.

## XLVII

Cuando Lorenzo se apercibió de que Matilde, sofocada largo rato, había dejado de respirar, sintió que todo el furor, toda la ira que hasta entonces le dominaran, se desvanecía súbitamente, y una desesperación terrible se apoderó de él.

¡Estaba muerta la que tanto había amado! Su adorable semblante no tenía ya expresión.

Por entre sus encantadores labios brotaba rojiza espuma. Su cuello, de armoniosos contornos, estaba cubierto de cárdenas manchas, de rasgos sangrientos. ¡Su cuerpo, de tan soberbia forma, era ya un cadáver!

¡Estaba muerta! Súbitamente olvidó lo que le había hecho sufrir, para recordar solamente sus amores de otras veces.

Inclinado sobre ella, lívido, quiso reanimarla. Creyendo que aún podía combatir la asfixia, desgarró el corsé y dejó al descubierto el pecho de Matilde. Levantaba el cuerpo, lo colocaba en otro sitio, frotaba con sus manos los brazos, las espaldas, para que la sangre volviera á circular. Colocaba sus labios en los labios de la muerta, como para infundirle con su aliento una nueva vida.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles: las extremidades se helaban, la cara tomaba el color del mármol, la vista permanecía inmóvil, vidriosa, la boca inerte, y las heridas que le había hecho en el cuello con las uñas no brotaban sangre.

Entonces, oprimiéndola contra su corazón, la cubría de besos; furioso, le cogía los cabellos con ambas manos y los separaba de la frente para verla mejor. Le hablaba, le pedía perdón, le suplicaba que volviese á la vida, prorrumpiendo en lamentables y roncós gritos.

Le parecía que las luces se extinguían, que la obscuridad le iba envolviendo, que la noche se extendía sobre el viviente y la muerta, sobre el asesino y la víctima.

Tuvo miedo. Creyó que Matilde le perseguía

con su mirada, que le amenazaba y le maldecía.

Aterrado, cerrados los ojos para no ver; temblando, con los brazos extendidos hacia el cadáver, se alejó paso á paso y de espaldas, sin osar volverse.

Llegado cerca de la puerta, la abrió precipitadamente, y saliendo con rapidez, olvidando cerrarla, se lanzó á la escalera y emprendió la fuga.

¿Adónde se dirigía? Hacia los boulevares sin duda. Buscaba el movimiento, el ruido, la luz, la multitud. Las calles oscuras y desiertas le aterraban. A cada paso veía levantarse ante él el cadáver que con implacable mirada le perseguía.

Algunos días antes, Roberto de Meillant, desesperado por la marcha de su prometida, caminaba también al acaso, loco, ardiendo su frente, con la mirada perdida en el vacío. Instintivamente buscaba la soledad para dedicarse por completo á sus pensamientos, para conversar aún con Juana. Lorenzo, por el contrario, buscaba con avidez el choque con los viajeros, los gritos de la multitud, el sordo crujir de los coches para sustraerse á los recuerdos.

Poco tardó en llegar. Sus temores imaginarios desaparecieron para dejar sitio á los reales. Acababa de cometer un asesinato; esta vez, abiertamente... sin haber tomado precauciones, sin hacer por que las sospechas recayesen sobre otro. Cuando estuviese en su casa, en la misma noche, ó á lo más al día siguiente, le detendrían. ¡Oh! no podría evitarlo.

Este segundo crimen haría que se descubriese el primero. Los jueces dirían infaliblemente: *El estrangulador de hoy es el mismo de ayer.* Sería condenado. Veía ya cómo levantaban el patíbulo para él.

¿Cómo huir de este nuevo peligro? Buscaba el medio y no lo encontraba, ¡él, tan hábil, el hombre de tantos recursos! Era que Matilde se le aparecía, y al lado de Matilde la guillotina.

De pronto Florina se colocó entre los dos espectros. Parecía interponerse y decir: *No es razón el que, porque hayas matado allí, mueras aquí.*

Sí, sí; Florina, que lo había hecho todo, que le envió á la calle de Helder; Florina, que era la causante de todo, le salvaría.

Por primera vez, desde que andaba vagando, miró á su alrededor. ¿Dónde estaba? En el boulevard de la Magdalena. La calle de Suresnes estaba próxima. Se dirigió á ella. Corría, no andaba, siempre perseguido por el cadáver y el patíbulo.

#### XLVIII

Florina esperaba á Lorenzo. Pensaba que, cuando saliese de la calle de Helder, iría á participarle el resultado de su visita.

Procuraba adivinar lo que pasaría entre los dos amantes y el marido, pues no suponía que Roberto estuviese ausente y que la escena con-

yugal no tendría testigos. Según sus previsiones, un violento altercado se suscitara entre Lorenzo y su rival, al que seguiría una provocación.

Por las razones expuestas anteriormente, se comprende que lo que ella quería era un duelo que para siempre les libertase del señor de Meillant, contando con que la suerte fuese favorable á Lorenzo, de lo cual no dudaba Florina. Roberto se limitaría ciertamente á defenderse sin atacar á su adversario. No se intenta matar á un hombre á quien se ha ofendido con crueldad, y en estos casos el marido lleva siempre la mejor parte.

Sin embargo, Florina se admiraba de que Lorenzo tardase tanto en volver. La explicación prevista no era de las que se prolongan: generalmente bastan dos palabras para terminar y darse una cita. Por fin llamaron, y como ella, por prudencia, había alejado á su doncella, corrió á abrir en persona.

Cuando el marqués de R... penetró en el salón, le miró atentamente y comprendió que algo más grave de lo que ella suponía había ocurrido. Siguió examinándole con atención y sin interrogarle. Lorenzo, con el traje en desorden, lívido aún, los ojos inyectados en sangre, se dejó caer en un sillón, y después de pasear á su alrededor una mirada inquieta, para asegurarse de que estaba solo con Florina, pronunció con voz sombría estas palabras:

—¡La maté!

Florina se estremeció, pero sin comprender todavía.

—¿A quien habéis matado?—le preguntó. Lorenzo respondió:

—¡A ella... á Matilde!... ¡á mi esposa!

—¡A vuestra esposa! —exclamó avanzando hacia él.—Eso es imposible... El amor que la tenéis os trastorna... Él no habrá permitido que la matéis... la habrá defendido.

—Él no estaba allí—replicó.—Estaba ella sola; le esperaba. Me desafió, me habló de su amor por él, de su desprecio por mí... porque ella lo sabía todo, todo, y me amenazaba con revelárselo.

Y levantándose bruscamente continuó:

—No, no; no es por eso por lo que la maté; fué por causa de su amor; porque me repetía sin cesar: *¡Le adoro, le adoro!* Me volvió loco, me cegaba la sangre... la ira destrozaba mi corazón.

Florina dudaba aún: lo que decía, su apagada voz, sus bruscos movimientos, su extrañada mirada, le hacían persistir en la idea de que había perdido la razón.

—¿Cómo habéis podido matarla?—le preguntó.—No llevabais ningún arma. Yo evité que las tomaseis.

—La he estrangulado con mis manos—murmuró,—como su padre estranguló al otro.

Ya esta vez tuvo miedo. Si verdaderamente estaba loco, su compañía era peligrosa. Si no lo estaba, si decía la verdad, todo podía temerle de un furioso y de un asesino tal; pero las nuevas palabras que pronunció la tranquilizaron. Con voz baja y suplicante le pedía un consejo.

—¿Qué debo hacer?—decía.—¿Dónde puedo ocultarme? ¿Por dónde debo huir? Yo no quiero ser detenido... Tengo miedo á la prisión, al aislamiento. La vería sin cesar... ¡No quiero, no quiero! ¡Tengo también miedo á la muerte! ¡Salvadme, salvadme!

Decididamente conservaba la razón. Su situación le espantaba. Nada, pues, tenía que temer por este lado. Por otra parte, Lorenzo no la quería mal, puesto que le pedía consejo y socorro.

—Es todo verdad: ciego por los celos, furioso, ó quizás por miedo, mató á su esposa—se dijo Florina.

Lorenzo callaba, y Florina siguió reflexionando. Pronto sus colores, que habían desaparecido momentos antes, vinieron á sonrosar su semblante; una sonrisa brotó de sus labios, y sus ojos brillaron.

En efecto, después de un detenido examen, vió que la situación no era tan desesperada como al principio creyó. Podían aún salvarse. Había necesidad de librar una gran batalla; pero Florina amaba la lucha y se sentía con fuerzas para obtener la victoria. Además, pensaba que la muerte de Matilde allanaba muchas dificultades y destruía un obstáculo insuperable hasta entonces.

Antes de dar á Lorenzo los consejos que reclamaba, creyó deber hacerle una pregunta importante.

—¿Cómo se apoderó vuestra esposa de esos secretos?—le dijo.—¿No se los ha revelado alguien?

Lorenzo levantó su abatida cabeza, y respondió:

—No: ella había prometido indagar y descubrir quién erais y los motivos que nos habían reunido. Sorprendió nuestras conversaciones, sospechó; uno de mis disfraces me vendió... En fin, lo sabía todo, todo.

Lorenzo recobraba completamente la razón; desde que, de acuerdo con Florina, buscaba el medio de defenderse, de salvar su cabeza, hablaba con más juicio.

—Bien—le replicó.—La última pregunta: ¿Estáis seguro de que Roberto de Meillant no sabe nada aún?

—Tengo la certeza... Ella estaba muy exaltada, muy furiosa para mentir. Si me amenazaba con hablar, era porque nada había dicho aún.

—¿Entonces su secreto ha nacido y muerto con ella?

Lorenzo hizo un signo afirmativo.

—Estamos, pues, lo mismo. El enemigo que no conocíamos, que no habíamos adivinado, no existe ya. La situación ha mejorado, porque el señor de Meillant contaba con su aliada, y, sólo ya, renunciará á nuevas pesquisas. Hablemos ahora de vos. Vuestra mujer, según me habéis dicho, estaba sola cuando la encontrasteis. Pero luego... después... en fin... después de su muerte, Roberto de Meillant ¿no os sorprendió con ella?

—No—murmuró;—tuve miedo, no de él, sino de ella, y huí antes que volviese.

—¿Os han visto entrar en el hotel?

—Deben haberme visto; no he procurado ocultarme.

—De cualquier modo, alguien habrá observado vuestro estado de exaltación. Cuando se sepa el asesinato, si es que no se sabe ya, se tomarán informes, acudirán á todas partes, y las sospechas caerán sobre vos.

—¡Lo sé, lo sé!—exclamó.—Por eso quiero huir.

—¡Huir!—replicó.—¿Por qué? Eso sería confesaros culpable, y vos no lo sois á los ojos del mundo ni delante de la ley. El Código os protege. Excusa, en caso de adulterio, el asesinato cometido por el marido en la esposa adúltera.

—Si se comete en flagrante delito—observó Lorenzo.

—Pues bien, id ahora á buscar la verdadera definición de *flagrante delito*... Se aplica lo mismo á aquel que le comete en el acto del adulterio, que al que lo hace después de cometida la falta. Por consecuencia, el señor de Meillant y vuestra esposa son culpables, porque diez personas afirmarán que estaban encerrados juntos un cuarto de hora antes de vuestra llegada.

Y continuó, con la sangre fría de un abogado que contesta á una consulta:

—Es reputado también *flagrante delito* el caso que es probado por el rumor público, y todo el hotel de Helder atestiguará que, desde hacía tres meses, el señor de Meillant recibía clandestinamente en su casa á la que ha muerto hoy. Tened, pues, ánimo: no sois un asesino;

sois un marido ultrajado que se ha hecho justicia. No sólo no os castigarán, sino que encontraréis quien os compadezca.

A pesar de su erudición penal y de su elocuencia, Florina no había logrado tranquilizar del todo á Lorenzo.

—Mas esta muerte—dijo con voz sombría—¿no recordará la otra?

—¿A quién?...—contestó.—¿A los jueces? Ya os he dicho que no tienen ningún interés en resucitar un asunto terminado, en convenirse de un error. Además, ¿qué relación tiene el marqués de R... con los dos condenados á quienes hacéis alusión? No olvidéis que Jagon se llama Jagon y no Simonnet.

Y, sin piedad para el miserable que tenía en su presencia, Florina continuó:

—La manera como vuestra mujer ha muerto, os favorecerá en lugar de perjudicaros. Si para matarla hubierais empleado una pistola ó un puñal, se os podría acusar de premeditación. Pero no llevabais armas. Cegado con furor legítimo, á consecuencia de una escena que inventaréis, disteis la muerte sin intención de darla. Os lo repito, nada tenéis que temer... siempre que vayáis inmediatamente á entregaros al primer comisario de Policía que encontréis.

—¡Presentarme!—exclamó con terror;—¡ir á la prisión! ¡estar sólo en un calabozo! ¡No, no! ¡Esta noche no... hoy no!

Pero Florina tenía ya hacía algún tiempo demasiado imperio sobre Lorenzo para que dudase de que seguiría sus consejos. Le aseguró

que como extranjero, y por recomendación de la Embajada de España, podría sustraerse á la prisión preventiva. Su crimen era de aquellos con los que la Justicia puede ser indulgente, y su nombre, su título, su situación en el mundo ofrecían bastantes garantías para que se le dejase gozar de una libertad relativa hasta el día que fuese juzgado.

Sólo se trataba de que Lorenzo respondiese de un modo claro y preciso á las preguntas que el comisario primero, y el juez de Instrucción después, iban á hacerle; de llevar algo preparado y no abandonarlo por ningún pretexto.

Florina instruyó sobre esto á Lorenzo; le indicó cómo debía presentar el asunto de un modo ventajoso para él, y le exigió por fin que, sin más dilación, en el mismo instante fuese á constituirse en prisión, llegando su prudencia hasta el extremo de llevarlo á la comisaría más próxima para que en el camino no intentase huir por conservar su libertad algunas horas más.

## XLIX

Cuando estuvo sola, reconoció que la situación ofrecía algunos peligros; el acto de constituirse en prisión Lorenzo, la muerte extraña de Matilde, el crimen de la calle de Helder, como se llamaría, harían ciertamente recordar y sacar á luz el nombre de Simonnet, olvidado

ya algún tiempo. Recordarían que la marquesa de R... antes de casarse se llamaba Matilde de Villeneuve por su nombre de guerra, y Matilde Simonnet por su familia. Los periódicos cometerían sobre esto numerosas indiscreciones, y si alguno llegaba á manos de Papin, el jardinero en Maisons-Laffite, podía hacerle reflexionar.

En efecto, el nombre de Simonnet llamaría la atención del marido de Florina. Recordaría las revelaciones de Loustalot, el antiguo detenido del Depósito, y, acosado por el deseo de servir á José Blanchard, haría con este fin algunas revelaciones á la Policía. Su declaración, que sólo hubiera tenido antes una importancia relativa, sería grave en el momento de comenzarse otro proceso.

Florina, pues, pensó que había abandonado demasiado á su marido en los últimos tiempos, que debía aproximársele para evitar que leyera los periódicos, y apoderarse de él de manera que no se le ocurriese pensar en una reconciliación entre Simonnet y Jagon.

Además, no creía inútil abandonar por algún tiempo á París, sustraerse á toda relación con Lorenzo, demasiado comprometido para no atraer sobre ella la atención en ninguna forma, y aun hacerse olvidar, si era posible.

Bien reflexionado todo, al día siguiente, después de colocar algunos efectos en una maleta y recogidos todos sus valores en un saco de noche, que no debía abandonar, se hizo conducir á la estación del Oeste y tomó el tren de Maisons-Laffite.

Encontró á su marido en la casita que habitaba cerca del Sena, el cual se sorprendió al verla.

—Vuestra admiración será mayor—le dijo—cuando sepáis que vengo á pasar en este país algún tiempo. Sí, la primavera de este año ha hecho renacer mis gustos campestres y los recuerdos de mi infancia. Además, tengo remordimientos. Vuestra última visita me ha conmovido, y quiero reparar en parte el mal que os he hecho. Buscadme en el parque, cerca del bosque, una casita de campo retirada. Viviré sola, guardada por mi jardinero, que seréis vos, si queréis. De esa manera nadie se ocupará de nosotros y pasaré desapercibida, sin comprometeros. ¿Aceptáis?—dijo sonriendo.  
¿Cómo no había de aceptar?

## L

Sólo en una parte no se realizaron las esperanzas que Florina hizo concebir á Lorenzo. La Embajada de España no tenía las pruebas suficientes de la moralidad y antecedentes del marqués de R... y le rehusó su concurso oficial. La Justicia francesa, que no admite caución en caso de asesinato, no creyó deber dejar á Lorenzo en libertad provisional; pero los rigores de la prisión se endulzaron algo, pues Lorenzo, á fuerza de habilidad, hizo se pusieran de su

parte el juez de Instrucción y el director de Mazas, de los cuales dependía.

Consignió también captarse las simpatías del público, que se mostró en general indulgente para con el español de pasiones ardientes, de corazón sencillo, que por amor se había casado con una mujer de distinta clase de la suya, á quien dió un nombre y una fortuna, viéndose indignamente engañado desde el momento de su matrimonio.

En cuanto á Roberto de Meillant, se le juzgaba severamente. Algunos de esos periódicos que viven de indiscreciones se habían cuidado de hacer alusión á sus proyectos de matrimonio con la señorita Guérin, y alguno dijo que no era el mejor modo de prepararse á contraer matrimonio comenzar por tomar la mujer ajena.

Roberto tuvo conocimiento de tales calumnias, que le preocupaban poco. Le bastaba que Juana no las creyese, y que, arrepentida de sus primeras sospechas, tuviese en él completa confianza. Lo que le disgustaba era verse detenido en París, no poder huir con su prometida de un país que le era hostil, y reemplazar por una vida tranquila y sosegada la agitación que tantos sucesos le habían ocasionado.

Desgraciadamente, el proceso en que Roberto de Meillant representaba el papel de principal testigo tardaba en fallarse. Los tribunales en los meses de Mayo y Junio se encontraban con muchos asuntos, y el de la calle de Helder se había aplazado para las primeras sesiones de Julio.

Por fin llegó el momento tan deseado. Era de creer que, en esta época del año, el público elegante hubiera olvidado la causa. No fué así: las mujeres del gran mundo, después de haber solicitado y obtenido billetes para asistir á la vista, no dudaron en dejar los baños de mar y fugarse por veinticuatro horas á París. Los crímenes provocados por los celos han tenido siempre el privilegio de excitar la curiosidad femenina, sobre todo cuando el acusado es de buena casa. La clase media tuvo el mismo interés en penetrar en la sala de la Audiencia. Indirectamente se encontraban todos mezclados en el asunto, por consecuencia de la situación de Matilde de Villeneuve.

Ningún incidente bastante á justificar tanto interés se produjo en el curso de los debates. Lorenzo respondió con mesura á las preguntas del presidente, y supo buscar acentos conmovedores para pintar su amor, y más tarde su desesperación. Había sufrido realmente, y, si por prudencia no lo decía todo, lo que manifestaba era verdad. Recordando los hábiles consejos de Florina, se cuidó muy bien, para aparecer menos culpable, de acusar á Matilde. Se quejaba de la manera más moderada y con lágrimas en los ojos; fué indulgente para sus faltas, y en un raptó de desesperación, casi sincero, declaró que se arrepentía de lo que había hecho y pidió perdón á su víctima. Su moderación, su conmovedora elocuencia, produjeron viva impresión en el auditorio y los jurados.

El señor de Meillant obtuvo un verdadero éxito, sobre todo entre las mujeres, que le

agradecieron su discreción y la cortesía con que habló de su rival. En efecto, sostuvo atrevidamente, sin preocuparse de las sonrisas y signos negativos, que nunca había sido el amante de la marquesa de R..., quien para él era sólo una amiga. Al mismo tiempo reconoció que Lorenzo pudo equivocarse, y que se explicaba los celos del acusado. Hablaba de buena fe: su conciencia le aconsejaba defender á un hombre que se creía ofendido por él, y que debía haber sufrido horriblemente por su crimen.

Tomó tal aspecto el proceso, que el abogado general, sin abandonar la acusación, concluyó pidiendo toda la indulgencia compatible con la justicia.

Después de quince minutos de deliberación, el Jurado dió un veredicto negativo á todas las preguntas, y el presidente ordenó fuese puesto inmediatamente en libertad el acusado, si no estaba detenido por alguna otra cosa.

—¡Ó si no ha cometido otro crimen antes de éste!—gritó entre el auditorio un hombre que acababa de penetrar en la sala de audiencia.

## LI

Los alguaciles encargados del orden de la sala en la parte que ocupaba el público se precipitaron sobre el individuo que había hablado y quisieron hacerle salir. Pero, por el

contrario, el presidente ordenó que le presentaran al tribunal.

Esta orden fué tanto más fácil de ejecutar, cuanto que el interruptor, rechazando con violencia á los alguaciles que querían apoderarse de él, había ya franqueado muchos obstáculos y marchaba precipitadamente hacia el estrado donde se hallaban los jueces.

Llegado allí, con las manos apoyadas en la balaustrada, la cabeza erguida, sin mirar ni á la derecha al acusado, ni á los jurados á la izquierda, esperaba que le preguntasen.

Un silencio profundo reinó en la sala. Todas las miradas se fijaron en el autor de este dramático incidente.

—Repetid—le dijo el presidente—las palabras que habéis pronunciado. El Tribunal no las ha entendido bien.

—He dicho—replicó el desconocido con voz firme—que el acusado á quien acabáis de absolver por un asesinato es culpable de otros crímenes.

—¿Quién sois vos para permitir esa acusación?

Se irguió, y haciendo un violento esfuerzo dijo:

—¡Soy el padre de su última víctima!... ¡Me llamo Simonnet!

Un sordo rumor salió del auditorio.

Pasado un momento, el presidente, conmovido también, pronunció estas palabras:

—¿De qué otro crimen queréis hablar?

Sin mirar á Lorenzo, Simonnet extendió hacia él el brazo y respondió: